

Gonzalo Drago

Breve Epistolario de Oscar Castro Z.



L tránsito de Oscar Castro Z. sobre la dura costra de la tierra, ha dejado una profunda y depurada huella literaria: cinco volúmenes de poemas, cinco de cuentos y novelas y dos dramas. En cada uno de sus libros, podemos encontrar mucho del alma del poeta rancagüino, transparente, limpia, delicada, aun en aquellas obras que, por su índole, podían haber descendido hasta el ennegamiento de las descripciones de los bajos fondos provincianos. Porque Castro tenía un don especial, una fina intuición que lo salvaba de los escollos que malogran tantas obras y a tantos escritores: la medida exacta para detenerse a tiempo, al borde de la grosería o de la impertinencia literarias.

Desde «Camino en el alba», su primer libro de poemas publicado por Nascimento en 1938, hasta su novela «La vida, simplemente» recién aparecida, bajo el sello de la misma Editorial, el camino de Castro ha sido una continua sucesión de triunfos de crítica y de librería. Fué un trabajador infatigable, tesonero,

heroico, estimulado por una demoníaca e imperiosa necesidad de dar vida a los personajes y a las imágenes que bullían en su maravilloso mundo interno.

Ya nadie ignora que en todo ser humano hay una extraña dualidad que muchas veces nos hace aparecer ante los ojos ajenos opuestos o diferentes a lo que somos en realidad. Oscar Castro, el hombre y el escritor que vivió desde sus primeros años entre libros y manuscritos trazados por su mano invariablemente serena, tenía exteriormente el aspecto de cualquier hijo de vecino, con un rostro que no delataba la constante tensión y tortura de su mundo interior. Ojos pardos y grandes, iluminados por una llamita de picardía jubilosa, un bigotillo fino y recortado sobre unos labios delgados y una cabellera lisa, siempre cuidadosamente peinada, eran los rasgos somáticos más característicos de este poeta rancagüino.

En cambio ¡qué enorme caudal de fuerza interior, qué avasallador ímpetu creador ocultaba ese cuerpo frágil, cenceño, de adolescente que no alcanzó un armonioso desarrollo de su vaso humano, que terminó devorado por la tuberculosis! Era preciso conocer a Oscar Castro, disfrutar de los dones de su amistad, escuchar su palabra en la intimidad, para comprender algo de lo que bullía y transitaba en las ocultos y milagrosos caminos de su espíritu.

A pesar de considerarse a sí mismo un «flojo empedernido», era un artista de intensa actividad. Como participante del Grupo Literario «Los inútiles» que fundara en compañía de otros intelectuales provincianos, tuvo siempre una valiosa actuación en las emisoras de Rancagua, organizó conferencias, veladas, colaboró en diarios y revistas de Chile y del extranjero y le sobraba tiempo para acoger en la intimidad de su

hogar a los que llegaban hasta él en cordial peregrinación para conocerlo o para cultivar una amistad nacida bajo la limpia comba del firmamento provinciano.

Nada hay más valioso que la correspondencia para conocer a un hombre... En ella se vacian los sentimientos más puros, más recónditos, todas aquellas cosas que muchas veces no se expresan con palabras por temor de aparecer amanerado. El lenguaje, muchas veces, es torpe e insuficiente. Conservo numerosas cartas de Oscar Castro. Durante cinco años, mantuvimos una correspondencia irregular, con largos silencios provocados por la absorbente lucha por la vida y por el ansia inevitable y tiránica de aprovechar las horas y minutos libres para dedicarlos a la literatura y al cultivo del espíritu.

Oscar, aunque muchos no lo saben porque nadie lo ha dicho, fué un espíritu rebelde y torturado frente al dolor ajeno. Hasta su muerte, nunca militó en un partido político. Permaneció fiel a sus convicciones ácratas, negándose sistemáticamente a colocarse un marbete distintivo en el heterogéneo campo electoral. No obstante su invencible repugnancia a los políticos, a quienes consideraba como usurpadores de la conciencia del pueblo, estuvo siempre con las fuerzas de avanzada que luchan por el bienestar colectivo. De 1938 data el fragmento de esta carta suya, que lo define íntegramente en su posición ideológica: «Aprovecho esta oportunidad para ponerte sobre aviso acerca de una maniobra reaccionaria que tiene muchos visos de realizarse. Pretenden arrebatarse el triunfo a don Pedro Aguirre Cerda en el Tribunal Calificador. La consigna secreta impartida por el Comité aguirrista de Santiago es que en caso de llevarse a efecto este robo,

todos los frentistas deben declarar una huelga general e indefinida, saliendo de inmediato a la calle. Es necesario hacer que circule esta orden entre todos los sindicatos, gremios, asociaciones, etc., exigiendo su cumplimiento. Y, en todo caso, ir a la revolución. Sinceramente te digo, Gonzalo, que si tal situación llega a ser provocada, estaré en las barricadas al lado del pueblo, aunque sea con un garrote entre las manos».

El poeta diáfano, puro y bucólico, que puso toda su ternura de raigambre campesina en «Camino en el alba», se revelaba ante la amenaza de que sucumbiera el símbolo de la esperanza de todo un pueblo. El intelectual fino y delicado, no vacilaba en abandonar la pluma para cambiarla por el garrote vengador. Porque Oscar Castro fué así: ilusionado, idealista, profundamente humano, rebelde sin estridencias, revolucionario si la vida lo empujaba hacia la tormenta social.

Al conocer la abundante obra de este escritor, realizada en tan corto tiempo, asombra su actividad creadora. ¿A qué horas escribía? ¿De qué momentos o días dispuso para dejar 12 libros escritos al morir a los 37 años? Veamos lo que dice en una de sus cartas, fechada en enero de 1939: «Se me han venido tantos deberes encima, que de verdad las horas del día no me bastan para satisfacerlos. La responsabilidad de «La Tribuna» descansa sobre mis hombros. Hay que hacerlo todo: vigilar a los operarios, atender reclamos, estar atento a fiestas o reuniones para tomar los datos, hacer que el periódico salga temprano, preocuparse de que no escasee papel y tinta y pasta para rodillos y ordenar la distribución de las páginas y los paquetes».

En la P. D. de otra epístola de octubre del mismo año, escribe abrumado por el trabajo cotidiano: «Desde esta noche entraré en un período de actividad intensa dentro del Liceo. Debo hacer las actas de exámenes de cada uno de los alumnos para tenerlas listas en el momento oportuno. Por otra parte, necesito empezar los ensayos de la Velada Bufo, de cuya dirección me han encargado. Y, como si esto fuera poco, tengo que hacer clases todo el día y despachar la estadística del Liceo».

Castro no se quejaba. Nunca se quejó de su suerte, de su vida, ni se solazaba recordando amargamente su pasado. Tuvo siempre una especial actitud para silenciar su dolorosa intimidad. Las frases de sus cartas sólo reflejaban una constatación de sus actividades cotidianas, una justificación verdadera por no haber respondido una carta oportunamente. Y este hombre activísimo, periodista, maestro y escritor, todavía encontraba algunas horas libres para barajar el naipe y la amistad frente al verde tapete de una mesa nocturna. Asombroso—pensarán algunos. Y, en realidad, la vida de Oscar Castro Z., fué asombrosa por su prematura fecundidad y por su incansable trabajo cotidiano.

Y es curioso constatarlo, nunca lo vimos apresurado. Conservó siempre una calma—real o aparente—que haría pensar a cualquiera que no conociera sus numerosas actividades, que disponía de tiempo para transitar sin premura por las asoleadas o húmedas calles de Rancagua.

Emociona, en verdad, releer ese puñado de cartas del poeta rancagüino, desaparecido prematuramente en un hospital de Santiago, hace cuatro años, atendido por manos generosas y amigas que lo acompa-

ñaron hasta sus últimos instantes. A despecho de su intensa actividad cotidiana, le quedaba tiempo para preocuparse de la suerte de sus amigos. Sus cartas lo revelan como un espíritu purísimo, sin sombra de envidia, sin maledicencia contra nadie. Guardaba siempre en algún trozo de sus epístolas, un emocionado recuerdo para don Augusto d'Halmar, a quien llamaba su «padrino literario» y que fué el primero en tenderle la mano para conducirlo hasta el conocimiento del público y de la crítica nacional. «D'Halmar, en carta última, pronuncia por ahí unas sibilinas palabras que me hacen pensar en que algo busca para mí en Santiago. Está satisfecho de «Camino en el alba» y me augura el premio Municipal. ¡Buena falta me hace!» D'Halmar, para Castro, fué un símbolo de su buena estrella. Ahora, ambos reposan más allá de los límites conocidos, charlan bajo las estrellas, palpan con sus dedos invisibles las doradas sortijas siderales. El viejo Maestro supo comprender el gran valor del vate rancagüino después de escuchar en Valparaíso, durante el desarrollo de una velada fúnebre, el magnífico y logrado «Romance a García Lorca», punto de partida de los sucesivos triunfos del autor de «Camino en el alba» y «Comarca del jazmín».

En noviembre de 1939, Oscar Castro siente los primeros desfallecimientos físicos: «Yo también, Gonzalo, pondré punto final al término de esta carilla única. Siento un gran decaimiento físico, producto del esfuerzo desplegado en los días precedentes y no sería capaz de hilvanar una opinión extensa...». A fines de 1941, su tono alcanza un dramatismo acongojante: «Perdóname. Cosas graves acontecidas en las últimas semanas, me habían impedido escribirte». Mas adelante agrega: «Los exámenes, la terminación

del año escolar en el Liceo Nocturno, todo eso junto, han llevado mi espíritu y mi cuerpo de aquí para allá, sin concederme tregua ni reposo».

«Sin tregua ni reposo». Creo que la tragedia de Oscar Castro, igual que la de muchos escritores, fué esa cosa tremenda y agobiante que es vivir sin tregua ni reposo, acosado por las obligaciones cotidianas, por los requerimientos ajenos de parte de gente que no alcanza a comprender la intensidad del trabajo intelectual, por la incomprensión de otros que jamás pudieron vislumbrar el valioso patrimonio nacional que se perdía en cada hora o minuto que se restaba vitalidad a Castro con quehaceres y labores que superaban a sus vacilantes energías físicas.

Después de organizar una magnífica «Feria del Libro» en 1943 lanza «Actitud», revista de información artística, en colaboración con dos de sus amigos más dilectos, Félix Miranda Salas y Raúl González Labbé, «esfuerzo común al que entregamos nuestras más intactas energías». Antes había sido «Nada», voz impresa que se apagó prematuramente por falta de dinero y de estímulo del ambiente provinciano, tan negado para las cosas del espíritu. Pero Oscar Castro Z. y «Los inútiles» no desesperaban; por el contrario, luchaban decorosa y arduamente, como tercos mineros horadando el granito de la indiferencia, contra la incomprensión colectiva que en algunas ocasiones se burla del esfuerzo intelectual y moteja a sus cultivadores.

El mal que acechaba al poeta desde 1939, comienza a hacer estragos en su organismo debilitado. Su mensaje de fecha 4 de junio de 1945 es patético en su lacónica redacción: «No te había escrito en espera de que los médicos me leyeran la sentencia. Ahora, ya la conozco. Es algo simple y tremendo: tres meses de

cama, sobrealimentación, reposo. Ni siquiera me permiten levantarme en días de sol tan radiante como éste. Y lo peor es que, según parece, la receta me será repetida cuando se cumplan estos noventa días. Creo que podré someterme a todo cuanto me impongan, aun cuando a veces tenga que morder mi desesperación. Por fortuna, me deja libertad para leer y escribir. Los libros serán mi única ventana hacia el mundo, aparte de esta otra que da al cielo en donde ya se mueven los volantines. Aprovecharé, además, esta tregua para corregir calmadamente mis dos últimas obras: «Llampo de sangre» y «La vida, simplemente», en las cuales tengo gran fe.

El 17 de junio de 1945, sin embargo, abandonó el lecho a petición de sus amigos y admiradores, para asistir al homenaje que le rendía la ciudad de Rancagua a su poeta y escritor, en el Teatro San Martín. Pálido, demacrado, recibió el aplauso de sus admiradores. Nunca escuché una ovación más cálida y sentida. Era como si los asistentes quisieran borrar la penosa indiferencia de una ciudad que alguien motejó—con o sin razón—de «bárbara y minera». Era el triunfo que llegaba clamorosamente, arrancándolo de su voluntario aislamiento, después de una larga y dura jornada por los caminos de la vida, en los que dejó jirones de su alma atormentada.

A partir de esa fecha, sus cartas van perdiendo la prístina confianza que emanaban sus anteriores epístolas. «Es esta una enfermedad inhumana, cuyo solo recuerdo, ahora, me produce un calofrío que no es sólo de la carne». El confinamiento en su lecho de enfermo lo hace lanzar un sollozo epistolar: «... porque la cama me tiene empalagado hasta las náuseas».

Sin embargo, la vitalidad del poeta logra vencer a la aguda crisis invernal, y al aproximarse la primavera el 27 de agosto de ese mismo año, sus expresiones son optimistas, verticales, rotundas: «Presumo que Raúl te habrá informado en detalle de mi salud y por eso no te digo nada acerca de ella. Pero sabe que me siento sano. Es esa cosa psicológica del que no tiene toxinas en el organismo. Además, he ganado casi cinco kilos de peso. Y esto me da firmeza y seguridad».

Después, media un largo silencio. La enfermedad que lo aquejaba proseguía minando su organismo, derrotando a sus defensas, con pequeñas alternativas, ocultando las garras para dar el zarpazo definitivo. El poeta tenía períodos de franco optimismo y de negra amargura. En marzo de 1945, su carta me hizo estremecer: «Volví anteayer de mi último examen en el Servicio Médico de Santiago. Malas noticias. Van a pedir mi traslado a un sanatorio, porque el proceso sigue igual. Creo que me iré en la semana entrante. Lo que ignoro es el sitio adonde me mandarán. Estoy resuelto a lo que venga, sin protestas ya, porque comprendo la inutilidad de ellas. Sin embargo, algo se me derrumbó adentro cuando me notificaron la sentencia. Yo me creía sano y tenía el ánimo dispuesto para reincorporarme a mis tareas...».

Durante el tiempo que duró nuestra correspondencia, tuvimos varios encuentros personales. Era siempre el hombre cordial, sencillo, sin amargura. Había enflaquecido notablemente y una intensa palidez hacía más profundos y grandes los ojos pardos en los que siempre brillaba la llamita de picardía criolla al lado de una pequeña mancha café que lucía la esclerótica de su ojo izquierdo. Conversábamos larga-

mente sobre diferentes temas. Castro no era quejumbroso. En sus charlas, apenas se refería a su enfermedad. Lo protegía un estoicismo de buena ley. Parecía olvidarla por completo o es que la tenía demasiado presente y pretendía huir de su recuerdo. Fumaba moderadamente. Nunca fué bebedor. Si hubiera podido dedicar todas sus energías a la literatura, sin compartirlas con las agobiadoras tareas cotidianas, habría vivido mucho más tiempo y habría alcanzado a volcar sobre la tierra la maravillosa cisterna de su espíritu.

A pesar del proceso de su dolencia, su actividad no disminuía. En su carta del 27 de agosto de 1946, me participaba simplemente: —«Yo he tenido cien mil cosas que hacer en estos últimos veinte días: libretos radiales—uno diario de $\frac{1}{2}$ hora para Isolda y otro de $\frac{1}{4}$ de hora para González Videla; contabilidad del Internado que estaba atrasada desde mucho tiempo. El domingo pasado es el primero que he podido aprovechar como tal; los otros había trabajado hasta las 12 de la noche. Ahora mismo, mientras te escribo, estoy apremiado por el tiempo. Me reclaman imperiosas obligaciones que no puedo desatender. Así, pues, tengo que terminar estas líneas que yo hubiera querido hacer cordiales e íntimas. En fin, habrá tiempo para que nos veamos y charlemos de muchas cosas que nos son queridas. He sabido que piensas venir y supongo que entonces estaré un poco más libre que ahora».

Pero nunca volvimos a charlar. La vida, que algunas veces oficia de madrastra, nos impidió encontrarnos. Más tarde, cuando estaba en el Hospital San Vicente en Santiago, le escribí algunas cartas que nunca pudo responderme. El mal había dado su zar-

pazo definitivo y el 1.º de noviembre de 1947, en la madrugada, el espíritu de Oscar Castro se evadía de su envoltura carnal para reintegrarse al misterio, después de su fecundo y armonioso tránsito sobre la dura costra de la tierra.